

DUDOSAS NEGOCIACIONES POR LA PAZ EN VIETNAM

UNA intensa actividad diplomática y la apertura de dos treguas consecutivas en los frentes de combate han permitido que se abran ciertas esperanzas acerca de una próxima paz en el Vietnam. Averell Harriman, embajador viajero de los Estados Unidos, llegó a Varsovia en el avión personal de Johnson; le escoltaban un séquito de diecisiete expertos en cuestiones chinas y de Europa Oriental. Varsovia es, desde hace años, el punto principal de las negociaciones entre China y Estados Unidos y al parecer, durante estos últimos tiempos, ha servido también de centro de

contacto entre los diplomáticos de Estados Unidos y los de Vietnam del Norte. Este tipo de negociaciones se prosiguen en Varsovia incesantemente desde 1954; es decir, a partir de la llamada conferencia de Ginebra en la que se restableció una paz inestable en Indochina después de la guerra con Francia. Al mismo tiempo, el vicepresidente de los Estados Unidos, Hubert Humphrey, realizaba un viaje oficial por el lejano Oriente, con escala en Tokio y objetivo final en Manila, para asistir a la toma de posesión del nuevo Presidente de la República. Este viaje tiene menos interés directo, pero puede haber ser-

Por **EDUARDO HARO TECLEN**

vido a los Estados Unidos para expresar sus puntos de vista y conocer las opiniones de sus más importantes aliados orientales. Un tercer viajero americano, Goldberg —embajador en la O.N.U.—, volaba a Roma para ver al Papa. Por parte soviética se registraba otro esfuerzo diplomático importante: el viaje de Chelepin —que aparece ahora como el número dos del partido comunista de la U.R.S.S.— acompañado también por una delegación importante, a Vietnam del Norte, para ser recibido por Ho Chi Minh. Este

Averell Harriman, ex embajador en Moscú, hoy es el embajador volante del presidente de los Estados Unidos. Johnson lo envió a Varsovia en lo que se ha llamado la «ofensiva de paz». De allí se trasladó a Belgrado y de esta capital a Nueva Delhi. En las capitales occidentales se duda del éxito del diplomático U. S. A.



viaje ha sido mal acogido por China, que acusa otra vez a la U.R.S.S. de tratar de presionar sobre Hanoi para que acepte las condiciones de paz impuestas por Estados Unidos. La coincidencia de estos viajes con las dos treguas —la de la Navidad y la del Año Nuevo vietnamita—, se ha venido a considerar como deliberada; y el hecho de que ambas treguas hayan sido iniciadas precisamente por el Vietcong y aceptadas —aunque difícilmente, vergonzosamente, por miedo a perder la iniciativa— por Washington, refuerzan esta idea de que estamos en los preliminares de una posible paz. Sin embargo, el Vietcong no ha cesado en sus ataques durante el período entre las dos treguas y ha dado la sensación de que está más dispuesto que nunca a combatir; y los Estados Unidos, que habían anunciado un nuevo y grave paso en la escalada —las amenazas directas contra Camboya y Laos, acusándolas de ser punto de partida de guerrillas vietnamitas—, han cesado en sus vuelos de bombardeo contra el Vietnam del Norte.

¿Cuáles son las posibilidades reales de paz? En principio las dos condiciones esenciales que presentan cada uno de los adversarios parece inaceptable por el otro. El Vietcong pretende el abandono puro y simple del Vietnam por las tropas de los Estados Unidos de forma que el problema se resuelva entre vietnamitas. Esta solución sería para los Estados Unidos la pérdida de una guerra. Los Estados Unidos, en cambio, pretenden el repliegue de las guerrillas a Vietnam del Norte, y el establecimiento en Saigón de un nuevo Gobierno que sería ayudado económicamente por los Estados Unidos, quien mantendría allí unas bases para asegurar la permanencia de ese Gobierno. Al mismo tiempo, se niegan a tratar con los representantes de los guerrilleros, a los que siguen sin reconocer. Las negociaciones para conciliar estos dos puntos de vista, si es cierto que han comenzado, serán largas y difíciles. Es siempre más difícil conseguir una paz que comenzar una guerra. Sobre todo porque las guerras se escapan pronto de las manos de quienes las inician y se convierten en otra cosa muy distinta de lo que se había planeado.

Me caben muy pocas dudas de que si el Presidente Johnson y su ministro de cabecera, McNamara, hubiesen sabido hasta donde iba a conducirles el reforzamiento de la intervención en el Vietnam hubiesen procedido de otra forma. Lo cierto es que hoy se encuentran con una guerra impopular que les cuesta mil millones de pesetas al día, que exige cada semana una cuota mayor de sangre americana y a la que no se le ve el fin victorioso: por el contrario, las fauces de la guerra se abren más y más cada día. «Desde hace nueve meses —escribió el "New York Times" del 11 de diciembre— los aviones americanos bombardean el Vietnam del Norte, aumentando gradualmente el peso de las bombas y aproximándose cada vez más de Hanoi, de Haifong, de la frontera china. Los objetivos buscados eran los de reducir



Pablo VI, ha movilizado a sus representantes y legados en favor de la paz en el Vietnam y ha enviado mensajes en este sentido a los jefes de los dos Vietnam y, por primera vez, a Kossyguin y a Mao Tse Tung.

la ayuda norvietnamita al Vietcong y forzar a Hanoi a negociar sobre una base aceptable por Washington. Sin embargo, durante esos nueve meses la ola de tropas y de material norvietnamita hacia el Sur no ha cesado de crecer, y Hanoi se ha ido haciendo cada vez más intransigente». Es interesante también la opinión de Bernard Béguin en un editorial del "Journal de Genève" —periódico insistentemente alineado junto a los Estados Unidos, especialmente en la campaña del Vietnam—: «En realidad, el despliegue de la potencia americana no hace más que reforzar la cohesión y la determinación del campo adverso. Y a pesar de la moderación relativa practicada por Washington hasta ahora con respecto a las peticiones de los militares comprometidos en la lucha, esto es un drama, porque no hay seguridad de escapar a las consecuencias fatídicas de la escalada. En mayo de 1965, McNamara, secretario de Defensa de los Estados Unidos, evaluaba en 700 millones de dólares el gasto anual de la guerra en el Vietnam. Esta cifra se ha multiplicado por diez en los seis meses que han seguido y se compara ahora con el

presupuesto de la carrera hacia la Luna». Las cifras actuales de gastos se calculan en por lo menos seis mil millones de dólares anuales (360.000 millones de pesetas: casi mil millones de pesetas al día). Esta cifra no es exagerada si se piensa en la enorme movilización militar de los Estados Unidos en un país lejano. En estos momentos deben tener unos 200.000 soldados en territorio vietnamita; mas unos 50.000 hombres en las unidades navales que ayudan en las operaciones. Unos 18.000 soldados del Norte de Corea, mas pequeñas formaciones de combate australianas y neozelandesas forman parte de este ejército, con lo cual se igualan las fuerzas del gobierno survietnamita, que el 1 de diciembre de 1965 se evaluaban en 279.000 hombres. Casi 600.000 hombres en pie de guerra, y todos ellos sostenidos por el presupuesto de los Estados Unidos. Más el coste —elevadísimo— de los bombardeos sobre Vietnam del Norte. La fuerza de las guerrillas del Vietcong no se conoce exactamente pero se calcula en unos 200.000 combatientes: es decir, una proporción de **SIGUE**

tres a uno a favor de los americanos y sus aliados. La proporción no se considera como satisfactoria: el Pentágono entiende que para equilibrar la fuerza de las guerrillas la proporción debería ser de cinco a uno. Es decir, que se necesitaría un ejército de un millón de hombres para neutralizar los doscientos mil guerrilleros. Los sistemas modernos de guerra —la artillería, la aviación— han intervenido a favor de las tropas americanas, pero no parecen haber dado el resultado apetecido. En la guerra en la jungla, este tipo de intervención ha producido tantas pérdidas entre el enemigo como entre las propias tropas. Las pérdidas sufridas por la población civil. «Por donde se mire, esta guerra ha sido hasta ahora una guerra frustrada», escribe en el "New York Herald Tribune" su enviado especial en Saigón Jack Foisie (25-26 diciembre 1965).

Los efectos de esta guerra frustrada se perciben también dentro del propio país, dentro de los Estados Unidos. No creo que sean las manifestaciones insistentes de los pacifistas ante la Casa Blanca y en otros lugares del país —manifestaciones que se realizan todos los sábados, y que cada vez cuentan con más participantes— las que impresionen a Johnson, sino la paralización de toda su diplomacia en torno a este problema y el efecto del enorme gasto económico. Aparentemente los Estados Unidos tienen suficientes dólares como para permitirse esos lujos bélicos, pero en realidad el dinero termina por salir de la bolsa de cada ciudadano. El programa social de Johnson que lanzó al día siguiente de sus elecciones, el llamado «de la Gran Sociedad», se encuentra en peligro. El próximo presupuesto verá importantes cortes en los gastos civiles, según se ha dejado entender en Washington. Parece que esta decisión se tomó en la conferencia que celebraron el 10 de diciembre en el rancho de Texas, con el Presidente, el secretario de Defensa, el de Comercio, el de Agricultura, el director general de la NASA (el organismo responsable de la investigación espacial «con fines pacíficos, al servicio de la humanidad»), los jefes de Estado Mayor de los tres ejércitos y el director del presupuesto. Según un telegrama de la Agencia France Press fechado el 11 de diciembre, «a la excepción de los responsables de la Defensa, la mayor parte de las personalidades que han participado en estas reuniones de preparación del presupuesto 1966-67 han declarado o dejado entender que los créditos afectados a sus departamentos serán inferiores en el año próximo a lo que han sido en el presente año fiscal».

DOS paralelos históricos pueden buscarse a la situación actual, dentro de las enormes diferencias que separan cada acontecimiento del mundo. Uno es la guerra de Argelia. Francia se encontró también con una guerra que no podía ganar ni perder, que destrozaba su presupuesto y que paralizaba su actividad diplomática normal, al mismo tiempo que le creaba en el interior un problema típico de guerra civil.



Otro enviado especial del presidente Johnson en su «ofensiva de paz» ha sido Arthur Goldberg, su delegado en la O.N.U., que fue recibido por el Papa, en Roma, para tratar del conflicto en el Vietnam del Sur.

Negó primero la posibilidad de negociaciones con el FLN al que no consideraba un «interlocutor válido»; poco a poco, a lo largo de muchos meses, fue aceptando esas conversaciones y el final fue el abandono total de Argelia mediante los llamados acuerdos de Evian, que apenas le permitían «salvar la cara». El impulso hacia arriba de Francia a partir del momento en que abandonó esa guerra maldita ha sido importante. Puede ocurrir ahora que los Estados Unidos hayan comprendido finalmente la verdadera naturaleza de la guerra en que están combatiendo y estén entrando en el ciclo de las negociaciones que les permita llegar al restablecimiento de su propia situación. Será un ciclo largo y penoso.

El otro paralelo que puede hacerse es el de la llamada «crisis del Caribe». Cuando Kennedy tomó en sus manos la Presidencia

de los Estados Unidos una especie de «escalada», que aún no se denominaba así, se estaba produciendo: en aquel caso, contra Cuba. Kennedy se encontró de pronto con la situación planteada por el desembarco en la Bahía de los Cochinos; su administración no cesó desde entonces de aumentar su presión sobre Cuba, hasta llegar al «climax» producido por la crisis de octubre de 1962 en la que se estuvo al borde de la guerra nuclear; una serie de acuerdos y contactos con la U.R.S.S. le movió, a partir de entonces, a regresar a una política de coexistencia y de entendimiento que fue extraordinariamente beneficiosa para el mundo. Kennedy consiguió entonces «salvar la cara» y aun dar la sensación de que había forzado a la U.R.S.S. a retirarse; pero, en realidad, en aquella crisis se evitó por parte comunista el desembarco americano en Cuba, se reforzó

el régimen de Castro, se consiguieron los acuerdos de suspensión de pruebas nucleares, la retirada de las bases atómicas de Turquía... Puede ocurrir que en un cierto paralelo con Kennedy, el Presidente Johnson haya comprendido al año de su gobierno efectivo —descontando el año de su presencia heredada, que le sirvió exclusivamente para preparar sus elecciones— que el poder inmenso que está en sus manos no es definitivo, no alcanza todo lo que los cerebros electrónicos prometen y comience ahora una nueva etapa.

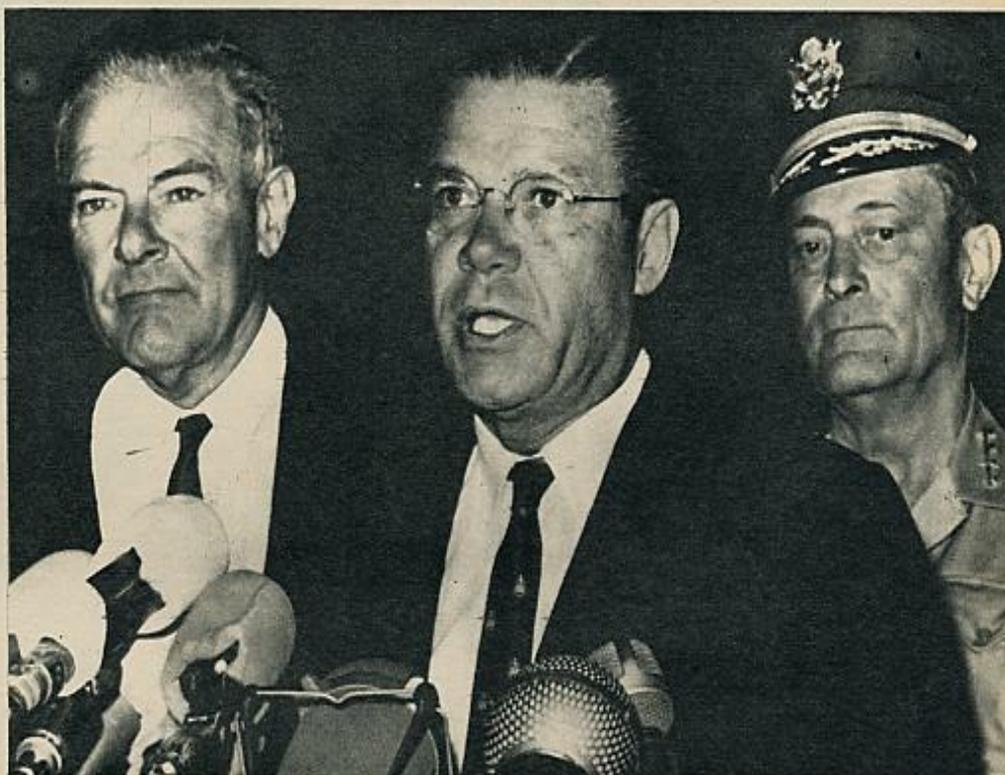
Es indudable que si hay negociaciones hay concesiones, y que éstas deben ser hechas por ambas partes. Los Estados Unidos deben haber abandonado ya la idea de que la escalada les permite una negociación con Hanoi en la que prevalezcan enteramente sus propias condiciones. El final de la guerra en el Vietnam debe estar sin duda subordinado a una serie de acuerdos sobre Asia que restablezca una situación normal en todo el continente. Es posible que, como en el caso de la crisis del Caribe, esos acuerdos no se conozcan inmediatamente en su totalidad, sino que sus resultados se vayan viendo a lo largo del año que entra.

Todo esto, repito, en el supuesto de que las conversaciones existan realmente. Muchos observadores comunistas creen que se trata de una simple maniobra de los Estados Unidos para responder favorablemente a una serie de presiones que realizan incesantemente sobre ellos sus aliados —con la excepción de los alemanes federales, especialmente sensibles a todo problema de partición de un país y entusiastas de las soluciones de fuerza— y poder justificar después un paso más en la escalada como consecuencia del supuesto fracaso de su gestión negociadora. El portavoz del Departamento de Estado, Mac Closskey, declaraba recientemente que «el Gobierno de Hanoi no ha expresado su menor deseo de sentarse a una mesa de conferencias», al mismo tiempo que el asesor especial del Presidente Johnson McGeorge Bundy —cuya dimisión para pasar al servicio de la industria privada no se ha hecho efectiva aún— decía: «No podemos afirmar que el Gobierno de Hanoi esté dispuesto a pasar del combate a las negociaciones». Washington, como se ve, sigue considerando a Hanoi como único interlocutor válido de las negociaciones de paz, mientras que éste insiste en que la guerra no es asunto directo suyo, sino de los guerrilleros del Vietnam.

El resultado de estas negociaciones, incluso su verdadera iniciación, permiten toda clase de dudas. Sus únicas posibilidades están en el límite de las concesiones que los Estados Unidos estén dispuestos a hacer. Hay también una «escalada» para retirarse, para ceder...

(Fotos Cifra y Europa Press)

VIETNAM



El secretario de Defensa norteamericano ha sido silenciado por el presidente Johnson, para efectuar su «ofensiva de paz» en relación con la guerra del Vietnam. En esta fotografía aparece Robert McNamara con el embajador en Saigón, Cabot Lodge y el general Earle Wheeler, jefe del Estado Mayor conjunto norteamericano.



Tercer enviado especial en la «ofensiva pacífica» ha sido el vicepresidente Humbert Humphrey, que ha visitado Tokio. No parece que su gestión en la capital japonesa haya obtenido el resultado esperado.